

## CAPÍTULO 1

### LA NATURALEZA DEL ESTADO

En estos tiempos heroicos, dados a la guerra, a la conquista y a la violencia, los preceptos de la paz y de la buena voluntad parece que prácticamente han sido vedados. El púlpito, la prensa y la escuela se unen para instruir en el patriotismo y para proclamar la gloria y la idoneidad de la guerra; y casi podría resultar en vano la búsqueda de alguna pieza escrita que haga mención a la «paz en la Tierra para los hombres de buena voluntad» en la que el mundo todavía profesa creer, y ello a pesar de que estos benevolentes preceptos supuestamente constituyen la base de toda civilización del mundo occidental.

La doctrina de la no resistencia, que raramente es mencionada, se recibe con escarnio y desdén. En el mejor de los casos, únicamente pueden defenderla los soñadores y los teóricos, y no hay lugar para ella en la vida diaria. Cada Gobierno de la Tierra es una prueba de que no hay nada práctico o fundamental en sus enseñanzas. Cada Gobierno de la Tierra es la personificación de la fuerza y de la violencia, y sin embargo la doctrina de la no resistencia es tan antigua como el razonamiento humano; incluso más que este, pues el instinto es tan antiguo como la vida sobre el planeta.

La doctrina de la no resistencia ante el mal no descansa únicamente sobre las palabras de Jesucristo. También Buda, Confucio, Platón o Sócrates pusieron de manifiesto la negatividad y la destrucción de la guerra, de la conquista, de la

violencia y del odio, y enseñaron la idoneidad de la paz, del perdón, de la no resistencia frente al mal. Pero el pensamiento moderno no se contenta con asentar su forma de vida sobre las teorías de los moralistas. Las normas de vida que gobiernan a los ciudadanos y a los Estados de hoy deben estar en consonancia con la ciencia, y ajustarse a la razón y al juicio más elevado del hombre. Y es ahí donde la no resistencia parece no haber conseguido un avance efectivo en el mundo: que las personas deban «poner la otra mejilla», «amar a sus enemigos» o «no resistir al mal» siempre ha parecido oportuno para enseñárselo a los niños, para predicarlo los domingos, para poner un perfecto punto final en una divagación de oratoria sin sentido; pero se ha dado por hecho que esas actitudes no pueden proveer la verdadera base de las grandes personalidades o de los grandes Estados.

De poco sirve debatir la «no resistencia» y su efecto sobre la vida y el mundo sin adoptar cierto patrón de excelencia por el que juzgar los resultados. Una vez más, como ocurre siempre al observar la conducta humana, cuando ya todo ha quedado dicho y concluido, las personas deben retomar el principio fundamental de que la conducta que contribuye a la vida es la sensata y la correcta. La naturaleza, en su incansable labor, siempre ha desarrollado un orden más elevado y una existencia más plena. En ocasiones, durante extensos periodos, parece que el mundo no ha avanzado, sino que ha retrocedido, pero incluso esto demostraría que la vida realmente es el fin más elevado a conseguir. Todo aquello que promueve la felicidad promueve la vida: el gozo es vida, y la aflicción es muerte.

En su largo y arduo peregrinar, la humanidad ha llegado a su estado actual a través de la lucha incesante, a través de la fuerza bruta, tanto administrada como recibida. Y la cuestión de la idoneidad de la no resistencia como teoría, al igual que la de cualquier otra, no depende de si puede ser aplicada y

cumplida ahora o mañana, sino de si es el ideal más elevado de vida que podemos concebir. En cierto sentido, lo único práctico es lo que existe; todo debe haber surgido de las condiciones de vida que existen o que han existido sobre la faz de la Tierra. Pero manifestar esto significa poco para la resolución de las cuestiones éticas, pues la condición futura del hombre depende tanto de su actitud mental como de cualquier otra realidad que modele su trayectoria.

En todas partes parece haberse dado por hecho que la fuerza y la violencia son necesarias para el bienestar del ser humano en el mundo. Se han escrito tomos interminables y se han sacrificado innumerables vidas en un esfuerzo por demostrar que una forma de gobierno es mejor que otra; pero pocos parecen haber considerado seriamente la proposición de que todo Gobierno descansa sobre la fuerza y la violencia, que es mantenido por soldados, policías y tribunales, y que es contrario a los ideales de paz y orden que dan lugar a la felicidad y al progreso de la raza humana. De vez en cuando, incluso llega a admitirse que en el distante futuro aún por llegar, la humanidad quizá evolucione hacia un estado angelical en que los Gobiernos políticos no tengan razón de ser. Esa idea, al igual que el concepto común, presume que los Gobiernos son buenos; que las obligaciones que asumen y desempeñan consisten en reprimir el mal y la anarquía, y en proteger y cuidar a los indefensos y a los débiles.

Si la historia del Estado demostrara que los organismos dirigentes se formaron para ese propósito o cumplieran esa función, aún podría haber cierta base para asumir que el Gobierno es necesario para mantener el orden y para defender a los débiles. Pero el origen y la evolución del Estado político muestra algo muy diferente: muestra que su nacimiento se basó en la agresión, y que ha mantenido sus características esenciales a lo largo de los distintos estadios que ha atravesado.

Los orígenes del Estado se remontan a los primeros tiempos de la raza humana, cuando el salvaje más fuerte tomó el garrote más voluminoso y con ese arma impuso su orden sobre los demás miembros de la tribu. Mediante la fuerza y la astucia, se convirtió en el líder y ejerció ese poder, no para proteger a los débiles, sino para tomar los frutos de la tierra para sí y para los suyos. Un hombre que no cuente con la ayuda de otros no podría mantener a la tribu durante mucho tiempo sometida a su voluntad, por lo que escogía a aliados y a colaboradores, y estos también eran seleccionados por su fortaleza y bravura, y recibían una porción considerable de los frutos del poder a cambio de la lealtad y la ayuda que brindaban a su líder. El esquema de gobierno que evolucionó a través de estos líderes primitivos nunca incluyó planes para el bien general, pues la masa estaba compuesta por esclavos, y sus vidas y su libertad quedaban a merced de los poderosos.

Siglos de evolución tan solo han servido para modificar ligeramente la severidad de los primeros Estados poco sofisticados. El derecho divino a gobernar, el carácter absoluto del poder oficial, es prácticamente el mismo hoy en día en la mayoría de las naciones del mundo que cuando los líderes primitivos ejecutaban sus mandatos a base de garrotazos. El antiguo caballero que con el hacha de guerra y la cota de malla imponía su ley sobre los débiles, no fue más que el precursor del recaudador y del devorador de impuestos de la actualidad. Incluso en los países democráticos, donde se supone que los ciudadanos escogen a sus gobernantes, la naturaleza del Gobierno es la misma. Surgidas de las viejas ideas del poder absoluto, estas democracias decidieron que cierta forma de gobierno era indispensable para las masas, y tan pronto como desecharon una forma de servidumbre, colocaron un nuevo yugo sobre sus cuellos, tan solo para que el tiempo demostrara que esa nueva carga no era menos mortificante que la

anterior. Tampoco el pueblo gobierna en las democracias más que en otras lindes; ni siquiera escoge a sus gobernantes: esos gobernantes se escogen a sí mismos, y mediante la fuerza, la astucia y la intriga llegan a los mismos resultados que alcanzaron sus primitivos antepasados con la ayuda de un garrote.

Y ¿quiénes son esos gobernantes, sin cuya inestimable ayuda los perversos y los corruptos destruirían y subvertirían a los indefensos y a los débiles? Desde el principio de los tiempos, estos dirigentes autoproclamados han destacado por todos esos vicios que con tanta persistencia imputan al pueblo llano, cuya voracidad, crueldad y rebeldía tan valerosamente se encargan de contener. La historia del pasado y del presente muestra por igual y sin lugar a dudas que si existe, o si alguna vez existió, una amplia clase de la que hubiera que salvar a la humanidad, es precisamente la de los mismos gobernantes que han sido colocados al cargo absoluto de las vidas y de los destinos de sus semejantes. Desde los primeros reyes que, con las manos manchadas de sangre, prohibieron a sus súbditos matar al prójimo, hasta el legislador moderno que, comprado con dinero, tipifica el soborno como delito, estos gobernantes siempre han creado las leyes no para regirse a sí mismos, sino para imponer la obediencia sobre sus siervos.

La finalidad de ese poder autocrático siempre ha sido la misma. En las primeras tribus, el jefe tomaba la tierra y sus frutos, y los dividía entre sus siervos, que le ayudaban a preservar su dominio. Desde entonces, cada Gobierno ha utilizado su poder para dividir la tierra entre la minoría favorecida y, por la fuerza y la violencia, someter a tantos resignados millones que sufren y trabajan duro, y mantenerlos alejados de cualquier porción de la munificencia del mundo.

En muchas de las naciones de la Tierra, el verdadero poder dirigente se ha alzado tras el trono, ha dejado a sus sufridas criaturas y a sus títeres como dirigentes simbólicos de las

## NO RESISTÁIS AL MAL

naciones y de los Estados; pero, en cada caso, los verdaderos dirigentes son los fuertes, y utilizan al Estado para perpetuar su poder y servir a su ambición y avaricia.